

La Historia consumista



Antonio Florencio Zoido (Monesterio, Badajoz, 1944) es licenciado en Filosofía por la Universidad Gregoriana de Roma y la Universidad Complutense de Madrid. Es miembro de la Fundación Ma-

chado (Cultura Tradicional) y del Consejo Asesor de la Bienal de Flamenco de Sevilla. En 1982 fundó Editoriales Andaluzas Unidas y ejerció como director de la Biblioteca de Cultura Andaluza hasta que en 1985 pasó a ser director de publicaciones en la Consejería de Obras Públicas y Transportes de la Junta de Andalucía. Desde 1987 desempeñó cargos de asesoramiento en los gabinetes de varias consejerías. Entre 1994 y 1998 fue director del Parque Metropolitano de Sevilla (Parque del Alamillo).

Puede que la Historia haya sido uno de los productos más consumidos -en el peor sentido del término- en el espacio y en el tiempo. O sea, en toda la redondez del globo en el que vivimos y a lo largo de muchos siglos. Hasta que no existieron la libertad de expresión y de cátedra (e incluso cuando ya las había) cada tribu, cada pueblo o cada nación escribió sus propios hechos procurando esconder cuanto en ellos había de malo y sin que, en cada uno de ellos, se supiera que sus gentes vivieron en medio de la violencia y, muchas veces, progresaron gracias a ella.

Esa práctica de enaltecer lo propio creaba normalmente un complejo de superioridad pero, a veces, también hacía nacer el de inferioridad cuando a una comunidad de personas llegaba la decadencia. Entonces la superioridad y la inferioridad se combinaban en extrañas mezclas que llegaban a producir explosiones. España es uno de estos casos.

España estuvo ensimismada a lo largo de casi trescientos años; un pensador de nuestra historia tan meticoloso como Álvarez Junco incluso ha defendido razonadamente que, hasta la pérdida de Cuba, no se preocupó ni de sus colonias. Eso, en versión interior, permaneció durante mucho tiempo y aquí cualquier ciudad presumía de grande poniendo a las otras decadentes y lejanas y negándose a reconocer sus carencias. Lo primero lo resumió *el torero*, cuando le dijeron en La Coruña lo lejos que estaba Sevilla y contestó con aquello de que la que estaba lejos era, precisamente, La Coruña, y lo segundo lo retrató Antonio Machado: "*Castilla miserable, ayer dominadora, envuelta en sus harapos/ desprecia cuanto ignora*".

Esa mezcla de complejos crea el *piccolo mondo antico*, castrero y sensiblero, que fue el clima de España hasta hace bien poco y que sigue siendo el que envuelve el "españolismo" de nuestra derecha cerril y el catalanismo, vasquismo, valencianismo... que no es sino el envés de las hojas de la misma planta. El fracaso final de España, a mediados del siglo XVII, en la *aventura europea* hizo que se olvidara el papel desempeñado por ella en el continente; el fracaso del 98 produjo casi lo mismo con América y, además, acarrió la fragmentación de la ya de por sí débil idea de nación. Los lodos de hoy son el producto de los barrotes de ayer y la negativa de tirios y troyanos a reconocerse en esta piel de toro común no es más que un complejo de inferioridad intentando curarse con otro de superioridad.

De la vieja historia -macama andalusí antes que poesía renacentista- del sabio pobre que se consolaba viendo a otro que aun lo era más, han aprendido muchos a presumir de ricos.

Por eso es muy saludable contemplar la Historia desde lejos; llegar a lugares remotos y descubrir que siguen en el aire relaciones, símbolos, nombres que conectan esos lugares con los de aquí. El hallazgo de todo ello abre perspectivas nuevas y quita de encima la sensación de historia provinciana que existe en el interior de nuestro país, tanto cuando se da rienda suelta al chauvinismo como cuando se reniega de todo el pasado.

A pesar de este olvido o esta ignorancia los españoles -y de forma particular los andaluces- tenemos sobre otras colectividades la ventaja de poseer una historia llena de relaciones y ya es hora de que dejemos de mirar hacia el pasado con complejos de todo tipo y comencemos a habitar nuestra Historia y también la de los demás para descubrir que la nuestra no es ni mejor ni peor. Y, sobre todo, para descubrir que no existen los siglos de cartón piedra que nos presentaban las enciclopedias de nuestra escuela sino otros muchos más vivos.

Resulta cuanto menos paradójico que se contemplen los imperios egipcio, chino o romano con la benevolencia y el desapasionamiento de la mirada histórica y, muchas veces, todavía se hable del imperio español -que en realidad termina hace sólo 350 años- como si aun fuera un enemigo a batir.

Personalmente me produce emoción encontrar en Bélgica lugares tan españoles -tan andaluces- como Gantes, Brujas o Amberes. Lo mismo me sucede en Roma con la Piazza d'Spagna, en Nápoles con la calle Toledo, en Venecia, con la que se llama "Lista d'Spagna" o con los abundantes apellidos españoles de su judería, contemplar en Sicilia las manifestaciones de religiosidad popular llegadas de Andalucía, o ver en París la extensa obra pública debida a la inspiración de la andaluza Eugenia de Montijo, emperatriz de los franceses. O, en medio de la ciudadela de Buda, descubrir que la bandera de la antigua ciudad que hoy forma parte de Budapest no es otra que la del reino de Aragón, la de Catalina, esposa de Matías Corvino, el monarca más civilizador de los magiares.

En la otra parte, en Pest, continúa en todo su esplendor el *Hotel Flamenco*, surgido en el aura orientalizante de la ciudad del XIX, con las hermanas Essler actuando en su *Café El Bolero*.

California está llena de construcciones de ese mismo estilo y, al principio de Madison Avenue, en Nueva York, una plaza de bronce recuerda el edificio del Madison Square Garden, el primer centro comercial de la historia, en el que los arquitectos Mead y White reproducían la Giralda.

De México, ¿qué podemos decir cuando fue la *Nueva España* y sus hechos políticos se mezclan hasta en los momentos de la Independencia allí y de la contienda antinapoleónica aquí? Baste una frase escrita en mármol ante el cole-

gio de Santa Cruz de Tlatelolco, en la plaza de las Tres Culturas: *Aquí se enfrentaron por última vez Cuautémoc y Hernán Cortés. No hubo ni victoria ni derrota; sólo el nacimiento doloroso de la nación mestiza mexicana.*

Pero, además, de la *aventura americana* como canal hacia el exterior únicamente se habla de una América que no sobrepasa la época de los conquistadores, o sea, que no sobrepasa el siglo XVI. Se han escrito miles de libros sobre el descubrimiento y la colonización de América en los siglos XVI y XVII. Los nombres de Hernán Cortés, Pizarro, Orellana, Magallanes, Elcano y tantos otros son conocidos por todos los españoles. Pero también, más para mal que para bien, en los cinco continentes.

Sin embargo, lo mismo en España que fuera de ella, se ha tratado mucho menos de las expediciones científicas con las que una nación que ya no estaba en sus mejores momentos contribuyó al saber del siglo XVIII.

En el siglo XIX España alcanzaba el punto más bajo de su decadencia y aquella salida de tono de Unamuno gritando "*que inventen ellos*" se usó con frecuencia para no tener que dar una explicación a la sequedad de nuestros veneros científicos en el Siglo de las Luces y en los que lo siguieron. La frase le vino estupendamente a una potencia postergada que no quería aprender de su pasado más que aquellos cuentos de tesoros ocultos dejados por los moros en las ruinas de los castillos.

Sin embargo, aunque no revistieran la importancia de los que se dieron en países entonces en la cresta de la ola, hubo inventos y descubrimientos en nuestro siglo XVIII. Cuando ya bien entrado el XVII el oro y la plata americanos dejaron de llegar al puerto de Sevilla, la bahía de Cádiz tomó el relevo. Comenzó a brillar con su luz propia y un tropel de científicos, con los nuevos métodos de la Ilustración se lanzó a la búsqueda de nuevos horizontes, nuevos productos y nuevas técnicas.

Las circunstancias políticas y económicas posteriores dejaron en la sombra muchas de estas hazañas que tuvieron como punto de partida las costas andaluzas, pero brillan con luz propia la clasificación de la flora de Perú y Chile, realizada por Hipólito Ruiz y José Pavón, y sobre todo la del reino de Nueva Granada (Colombia) que llevó a cabo el gaditano José Celestino Mutis, *el Sabio Mutis*. Sus estudios siguen sirviendo a los botánicos, naturalistas y ecologistas de hoy y sus hermosas láminas -en las que todas las plantas quedaron dibujadas- constituyen uno de los mayores tesoros del Jardín Botánico madrileño.

Poco sabemos en España de la misión cumplida por los Gálvez malagueños en la colonización y modernización de los estados de Luisiana, Texas y Florida, en los Estados Unidos,

donde trazaron y levantaron grandes ciudades como Nueva Iberia, Panzacola y, en parte, la misma Nueva Orleans; o del descubrimiento del platino -que él llamó platina- por el marino se-



villano Antonio de Ulloa que, junto a Jorge Juan, pasó largos años en América del Sur.

Fue muy importante también la participación española en la expedición francesa para medir



el cuadrante de meridiano terrestre comprendido entre el Polo Norte y el ecuador que fijaría el metro dando origen al sistema decimal, Malaspina y las tripulaciones de las fragatas *Descubierta* y *Atrevida* cumplieron el viaje más largo del siglo XVIII y, quizás del XIX puesto que, partiendo de Cádiz, no sólo dieron la vuelta al mundo sino que además lo recorrieron de Norte a Sur, llegando hasta Alaska (en Seattle todavía se enseña a los turistas el barrio de los expedicionarios) y descubriendo de paso la bahía de San Francisco.

Es verdad que la mayoría de sus protagonistas no terminaron en triunfo y que la paradójica oscuridad del final de nuestro *siglo de las luces* los arrastró en su caída, que una España en de-

cadencia ni siquiera pudo darse cuenta de las posibilidades que se le abrían en caso de haber hecho acopio del raro metal -el platino- detectado por Ulloa, pero todo en conjunto son unos hechos que hoy deberíamos considerar imprescindibles para la real y total comprensión de nuestro pasado, con todas las sombras que se quiera, pero también con estas claras luces.

Aun menos que de todo lo anterior se ha hablado de otro fenómeno singular. Casi a la par que se independizan las colonias americanas, en aquellas tierras y en éstas cristalizan expresiones *modernas* de cultura tradicional que siguen parámetros andaluces como, por ejemplo, la corrida de toros (sin embargo no sucede lo mismo en nuestra vecina y hermana Portugal),

formas folclóricas de cante y baile, rastros comunes en el mismo flamenco..., expresiones todas que se consagrarán como mexicanas, peruanas, argentinas, colombianas, cubanas... y, a la vez, como españolas vestidas de andaluzas.

Marruecos, Argelia y, sobre todo, Túnez están repletas de recuerdos históricos en los que la España morisca está presente. En Túnez los moriscos españoles (que siguieron hablando castellano hasta hace bien poco y hasta hace menos de cien años tuvieron hasta ganaderías de toros bravos para celebrar corridas) dotaron al país de obra pública en todos los terrenos. Pero España nunca se preocupó de esa "Hispanoáfrica" porque, hundida en el prejuicio, no consideró aquellas españolas a aquellos cientos de miles de personas dado que no eran cristianas.

España permaneció encerrada en sí misma desde 1700 hasta hace bien poco y eso ha creado no sólo una sensación de particularidad y de aislamiento sino también de que siempre fue así y así debía ser.

El desconocimiento de estas cosas y de muchas más ha conducido a ver cada momento de nuestra Historia como la concreción de un destino que ya estaba fijado de antemano y no como la conjunción de múltiples posibilidades que acaban concretándose en una. Los conceptos de intervención de la Providencia en las distintas partes del mundo o el carácter providencial de sus gobernantes no están todavía tan lejos de nosotros y de los estudios que se nos imparten y de la política que se consume alegre e irreflexivamente tanto en la España centrípeta como en la centrífuga.